

Ética y formación integral en la sociedad del conocimiento*

■ ■ Guadalupe Chávez González**

Las condiciones actuales han provocado el replanteamiento de las premisas bajo las cuales debe desarrollarse la formación universitaria. Existe claridad, por lo menos, en el sentido de que esta ya no puede reducirse sólo a la capacitación para el desempeño de una profesión determinada, porque hace tiempo que este tipo de educación manifestó sus limitaciones.

Los universitarios, en particular, necesitan hoy una educación que los dote de las capacidades necesarias para comprender el mundo y sus transformaciones; para saber vivir en él, en comunión o armonía con el “otro”; para apoyar en los procesos individuales y sociales de la conformación de nuevas identidades; para propiciar espacios para la democratización, la equidad y la justicia, como elementos indispensables para buscar la cohesión social, y con ello la resolución de los problemas comunes. El compromiso de la universidad es promover en sus estudiantes una formación tal, que les permita participar en la construcción de un mundo distinto; diseñando estrategias y acciones concretas, que partan de la tesis general de que el mundo de hoy es complejo, y hay que mostrarlo en toda su complejidad (Morin, 2001).

Conocimiento y sociedad

Existe hoy una crisis estructural, en la que han aparecido una serie de nuevas formas de organización social, económica y política, cuya principal característica es que las dificultades de funcionamiento (entre todos los elementos y niveles sociales), se producen simultáneamente. En este contexto, el *conocimiento* y la *información* se convierten en variables clave en la generación y distribución del poder. Sin embargo, una economía y una sociedad basadas en el uso intensivo de conocimientos, producen simultáneamente

fenómenos de más desigualdad, de mayor homogeneidad y de mayor diferenciación; el reto que se presenta es diseñar estrategias de transformación productiva con equidad, para lograr el acceso al uso del conocimiento para todos.

Así, la educación ha de replantearse los supuestos bajo los cuales se desarrolla la formación, en el entendido de que ésta no sólo tiene que ver con las capacidades o competencias profesionales, sino que debe ser un espacio propicio para el desarrollo integral del individuo y fortalecer los aspectos humanos que permitan la comprensión del mundo, generen dinámicas democráticas, equitativas y justas, en orden de lograr la cohesión social tan necesaria para el equilibrio de las sociedades.

El aumento de la desigualdad es un proceso asociado a la transformación en la organización del trabajo. Hay una recomposición del empleo en función de la evolución tecnológica, que aumenta la desigualdad y provoca exclusión, que no se produce en función de la clase social, sino en función de los conocimientos, las ideas y las habilidades que se poseen. Los que saben más, excluyen a los que saben menos.

El aumento de la desigualdad y la aparición de la exclusión, coexisten con una significativa disminución de la importancia de las jerarquías tradicionales en la organización del trabajo; las tradicionales pirámides de relaciones de autoridad, son reemplazadas por redes de relaciones cooperativas, de tal forma que se establece una relación igualitaria entre quienes participan en las unidades de producción. Las desigualdades son percibidas como un fenómeno más personal que socioeconómico y estructural.

Aunque existen algunas teorías neoconservadoras que justifican la aparición de estos fenómenos (*neodarwinismo* social), también ha aparecido un nuevo pensamiento democrático, basado en la idea de que eliminar la desigualdad no es contradictorio con el respeto a la diversidad. La búsqueda de la igualdad no

* Publicado en el número 42 (junio de 2005, pp.88-93).

** Doctora en Estudios de la Cultura por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL, de la cuál es profesora investigadora con líneas de investigación en Educación, Formación y Ética docente.

tiene por qué socavar la justicia y la solidaridad, sin la justicia no es posible un verdadero desarrollo social.

Por otro lado, en la sociedad del conocimiento y de la globalización, la organización y estructura de los Estados-nación ya no logran funcionar bajo los mismos principios de antaño, ni generan la cohesión social necesaria para convivir en el mundo de hoy; la aparición de entidades políticas supranacionales limita su acción. Entre estas entidades se incluye la Internet, porque potencia la circulación de información sin regulación posible en el ámbito nacional, cuya consecuencia puede ser un repliegue sobre el comunitarismo local, que a su vez propicia fundamentalismos de todo tipo; por ello, es necesario fortalecer la cohesión social sobre la base de la aceptación consciente de la existencia del “otro”, del diferente, y convertir este aspecto en el principal objetivo de las instituciones responsables del proceso de socialización; la universidad puede hacer mucho en este sentido. La idea es inhibir el individualismo asocial que deteriora la cohesión social necesaria para la solución de los problemas comunes.

Todos los cambios políticos y económicos que se observan, son concomitantes con cambios culturales de igual profundidad. Estos, se refieren tanto a los contenidos de los valores, de los hábitos y de las pautas de conducta que se ponen en práctica en una sociedad, como el proceso por el cual dichos contenidos son elaborados. La ruptura de las antiguas formas culturales se asocia o es consecuencia de los cambios en la familia, la evolución del individualismo y las nuevas tecnologías (Giddens, 1997).

La familia, encargada tradicionalmente de la socialización primaria de los individuos, ha sufrido grandes cambios que afectan de manera significativa su función socializadora, la cual ya no se da en las mismas condiciones o con la intensidad de antaño. Como se sabe, la socialización secundaria se desarrolla en las otras diversas agencias sociales, de las cuales, la escuela es una de las más importantes.

Existe también en la actualidad, un especial reconocimiento de la identidad individual y aunque este no es un proceso nuevo, la novedad del individualismo actual consiste en la ampliación de los ámbitos en los cuales cada uno tiene derecho a elegir opciones; el individualismo actual involucra esferas más amplias que tienen que ver con la definición de un “estilo de vida”. Paradójicamente existe una mayor

autonomía subjetiva (cultural, personal, sexual, etc.) que, sin embargo, genera mayor dependencia material: Los jóvenes permanecen más tiempo en el hogar familiar que en otras épocas. Es por eso que la educación y la escuela deben tratar de desarrollar capacidades para aprender a expresarse libremente, aprender a convivir con los diferentes y a aceptar la diversidad (espíritu crítico, autonomía intelectual, solidaridad, tolerancia).

Los cambios culturales se vinculan también con las nuevas tecnologías de la información, que impactan en la producción de bienes y servicios, y las relaciones sociales (patrones de conducta); para nadie es desconocido que uso modifica la percepción del tiempo y del espacio. Una concepción tecnocrática privilegia el uso de las nuevas tecnologías como promotoras del desarrollo social, pero el conocimiento y la información no se democratizan por el solo desarrollo técnico (su apropiación y producción provoca pugnas).

Un cambio más en la actualidad, vinculado sobre todo con los de tipo cultural y cognitivos, es la naturaleza reflexiva de la modernidad. La sociedad moderna se caracteriza especialmente por un marcado aumento de la reflexividad social, de tal forma que “las prácticas sociales son examinadas constantemente y reformadas a la luz de la nueva información sobre esas mismas prácticas que de esa manera alteran su carácter constituyente” (Giddens, 1997). Esto altera la relación entre cohesión social y conocimiento, ya que mayor conocimiento de la vida social no implica mayor control sobre ella; hay un aumento de los niveles de incertidumbre (riesgos). De hecho, se han modificado las bases sobre cuales se construyen los niveles de confianza, de fiabilidad, de legitimidad en el funcionamiento del sistema social, como el parentesco, la comunidad local, la cosmología religiosa y la tradición.

Es por eso que hoy en día, la relación entre la acción social y el conocimiento es diferente: En el mundo moderno no se puede ignorar el conocimiento experto, aunque conocerlo o tener acceso a él produce una permanente tensión entre fiabilidad y escepticismo, entre confianza e incertidumbre. Las condiciones sociales sobre las que se apoya la confiabilidad han cambiado. La articulación entre economía, política y cultura determinaban el lugar de cada uno en el sistema social; esta articulación se ha roto. Ahora, la unidad y la coherencia de las distintas

dimensiones de la sociedad deben ser construidas por cada uno. No hay instancia de protección en la cual se pueda depositar la confianza, más que en uno mismo; el individuo está en esfuerzo constante para transformar la experiencia vivida en construcción de sí mismo como actor, como *sujeto* (Touraine, 1999).

Pero si bien, la responsabilidad de construirse a sí mismo está en cada persona, se realiza también en colectividad; por ello, esta construcción personal y colectiva necesita *protecciones institucionales*: La escuela, así como lugares claves para el desarrollo de estrategias políticas al servicio de la construcción del sujeto. El papel de la educación y del conocimiento en la formación, implica incorporar en los procesos educativos: a) Una mayor orientación hacia la personalización del proceso de aprendizaje; y b) Posibilitar la capacidad de construir aprendizajes, de construir valores, de construir la propia identidad.

No obstante, un enfoque puro o aisladamente pedagógico no tiene posibilidades de éxito, se requieren en primer lugar, condiciones sociales mínimas que apoyen el proceso de socialización escolar con experiencias sociales, donde los individuos puedan desarrollar lazos de solidaridad y cohesión; además, la escuela ha de establecer relaciones con otras agencias sociales, para llevar a cabo esta tarea educativa que la época actual necesita.

Sociedad del conocimiento, educación y universidad

En este contexto, las instancia a través de las cuales se producen y distribuyen los conocimientos y los valores culturales, ocupan ya un lugar central en los conflictos y en las estrategias de intervención social y política; y no sólo la escuela, sino también las llamadas *industrias educativas*: tecnologías de educación a distancia, videos, software educativo, etc. Por eso la importancia de promover nuevos acuerdos, nuevos contratos o pactos entre la escuela y las otras agencias de la socialización, particularmente la familia, los medios de comunicación y las empresas o lugares de trabajo.

Las consecuencias más importantes de estos cambios en la educación se reflejan principalmente en la relación entre educación y movilidad social, y entre educación y socialización. Así, las posibilidades de

movilidad social que propiciaba la educación, están francamente reducidas por las condiciones actuales. La masificación del acceso a la educación está, paradójicamente, asociada a nuevas desigualdades: Los más calificados forman una comunidad más densa, con tendencia a agruparse, relegando a los menos calificados. El trabajador que no se recalifica no sólo no es reclutado, sino que es excluido del segmento productivo en el cual se desempeñaba.

La nueva relación entre educación y movilidad social implica una relación con los niveles de complejidad del conocimiento: Es necesario educarse a lo largo de toda la vida para adaptarse a los requerimientos sociales y productivos. La movilidad debe darse desde el punto de vista cognitivo y personal. Debe propiciarse un proceso de democratización del acceso a los niveles superiores de análisis de realidades y fenómenos complejos, fomentando una formación básica y universal capaz de dotar al conjunto de los ciudadanos, de los instrumentos y de las competencias cognitivas necesarias (formación integral), para su desempeño activo en la comunidad.

En la nueva sociedad del conocimiento, es preciso considerar la educación desde el punto de vista del proceso de socialización, porque ya no es posible pensar como en el pasado; es decir, que los marcos de referencia normativos, las visiones del mundo y de la propia identidad serán provistos exclusiva o fundamentalmente por instituciones como el Estado, la Iglesia o la Familia. Tampoco es posible pensar que habrá una construcción espontánea de los marcos identitarios que aseguren la cohesión y la equidad necesarias para el desarrollo social sustentable. El desafío educativo es: Desarrollar la aptitud de construir una capacidad compleja, una identidad que contenga la pertenencia a múltiples ámbitos.

En términos educativos, el desarrollo de este sentido plural de pertenencia que combine la adhesión y la solidaridad local con la apertura a las diferencias, implica introducir masivamente en las instituciones escolares la posibilidad de realizar experiencias (democráticas y pluralistas), que fortalezcan este sentido de formación. Este es un reto para cualquier programa de formación integral y precisamente un espacio para lo ético. No obstante, postular la necesidad de que la escuela se transforme en un ámbito de socialización que resista

algunas de las tendencias culturales vigentes en la sociedad, es necesario, pero no suficiente. El desafío para los educadores consiste, además, en definir los diseños institucionales más apropiados y elaborar las herramientas técnicas y metodológicas más eficaces para que estos objetivos superen la fase puramente retórica y se transformen en metas concretas de aprendizaje.

Así pues, la escuela debe asumir una parte significativa de la formación en los aspectos duros de la socialización. Es decir, llevar a cabo en forma consciente y sistémica la construcción de las bases de la personalidad de las nuevas generaciones. En un mundo donde la información y los conocimientos se acumulan y circulan a través de medios tecnológicos cada vez más sofisticados y poderosos, el papel de la escuela debe ser definido por su capacidad para preparar para el uso consciente, crítico y activo de los aparatos que acumulan la información y el conocimiento.

La formación integral, un espacio para lo ético

A la ética le interesa el comportamiento de los individuos; lo ético comprende las disposiciones del hombre en la vida, su carácter, sus costumbres y su moral; es el modo de ser o forma de vida que vamos adquiriendo, apropiando o incorporando a lo largo de nuestra existencia (Garzón, 1999). Para los universitarios, la formación integral es el espacio propicio para la convivencia, las relaciones cara a cara, el diálogo directo y el intercambio con personas reales, donde los instrumentos técnicos sean lo que son y no fines en sí mismos. Educar para el futuro, requiere, como ya lo ha dicho Morin, una reforma paradigmática, no sólo programática. Es necesario educar para la comprensión humana, sólo así se estaría propiciando una verdadera formación integral.

Un currículum universitario de *formación integral*, debe estar conformado por un conjunto de contenidos culturales que se articulan en torno a una formación o capacitación que se pretende obtengan

los alumnos, que incorpore las transformaciones de que hemos hablado (De Alba, 1997). Pero, ante todo, ha de contener un enfoque paradigmático nuevo que sustente, apoye y organice (en los planos epistemológico, teórico, científico, tecnológico, cultural, político, económico, etcétera) una forma de pensar y actuar acorde con los nuevos tiempos.

Un programa como los estudios generales de licenciatura de la UANL, es una de las formas que se han puesto en práctica, pero una opción como ésta no es suficiente en sí misma, si no se desarrolla a la vez un proceso sistemático, formal y consistente de formación de los profesores. La tendencia a la superespecialización en el área profesional, sentó sus bases en la universidad hace tiempo, así que vencer las inercias no es fácil, porque hacerlo requiere romper con un paradigma validado durante mucho tiempo como el único o mejor. Si los profesores no colaboran en esta tarea, si ellos mismos no se convencen y se adscriben a los beneficios de una formación integral, los esfuerzos institucionales pueden resultar infructuosos.

El compromiso ético-social con la comunidad, ha de concretarse en dotar de una verdadera formación integral a los futuros profesionistas, con posibilidades de objetivarse en la práctica. Compromiso que ha de traducirse en apoyos que favorezcan el conocimiento de la sociedad y sus principales problemas, de sí mismo y de la profesión, conocer a los demás y aprender a convivir con los diferentes; incorporando también los saberes relacionados con el avance de la ciencia y el uso de las nuevas tecnologías, debe, además, enseñar a disfrutar y compartir las manifestaciones del espíritu.

La formación integral es un espacio para lo ético, en la medida en que es condición de posibilidad para el desarrollo de valores importantes, que delimitan el comportamiento de los universitarios en función de un compromiso social; desarrolla un sentido de pertenencia y de identidad con la institución, permite la comprensión del otro, forja un carácter y espíritu críticos y propicia experiencias de vida comunes.

Bibliografía

Castañeda, N. & Yurén. (2004). Formación, distancias y subjetividades. Nuevos retos de la formación en la globalización. Limusa & UNAM.

Chehaybar, E. & Bautista, A. (2003). *Procesos y prácticas de la formación universitaria*. CESU-UNAM.

De Alba, A. (1997). *El currículum universitario. De cara al nuevo milenio*. CESUUNAM.

Garzón Bates, M. (1999). *La ética*. CONACULTA.

Gómez del Campo, J. (1999). *La formación y el compromiso ético-social de los profesionistas*. ANUIES/SEDESOU SEP.

Honore, B. (1980). *Para una teoría de la formación*. Narcea.

Morin, E. (2001). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. UNESCO.

Tedesco, J.C. (2000). *Educación en la sociedad del conocimiento*. FCE Breves.

Wuest Silva, T. (1997). *Formación, representaciones, ética y valores*. CESU-UNAM.



La formación integral es un espacio para lo ético.